

## Las *Confesiones* de San Agustín, paso a paso (I)

### RESUMEN

El libro primero de las *Confesiones* lanza una mirada a la infancia y primera adolescencia de Agustín. En el segundo, relata el año décimo sexto de su vida, en plena efervescencia de su sexualidad. El tercero abarca desde los diecisiete a los diecinueve años, con los acontecimientos destacados de la lectura del *Hortensio* y su adhesión a la secta maniquea. En el libro cuarto, hace memoria de los nueve años de su etapa maniquea, desde los diecinueve a los veintiocho años. Y, en el quinto, da cuenta de su desengaño del maniqueísmo y su desesperanza de encontrar la verdad, en que se encontraba a la edad de los veintinueve años.

**PALABRAS CLAVE:** Dios, criaturas, cuerpo, espíritu, amor, verdad, libertad, amistad, maniqueos, mal.

### ABSTRACT

First book of *Confessions* throws a glance at Augustine's infancy and first adolescence. In the second one, he refers the sixteenth year of his life, being fully effervescent in his sexuality. The third spans from the year seventeen to nineteen, being the most outstanding events of it the reading of *Hortensio* and his adhesion to Manichaeism. In the fourth book, he remembers of the nine years of his Manichaeism period, from the year nineteen to twenty eight. And finally, the fifth book gives an account on his disappointment over the Manichaeism and his despair to find the truth, in which he found himself when he was twenty nine.

**KEY WORDS:** God, creatures, body, spirit, love, truth, freedom, friendship, Manichaeism, evil.

## PRESENTACIÓN

Durante varios años, la «Fraternidad agustiniana laical San Alipio» de San Lorenzo de El Escorial, vinculada a la comunidad del Monasterio, ha realizado la lectura (por segunda vez) de las *Confesiones* de san Agustín, lo que, como consiliario, me ha dado la oportunidad de ir resumiendo cada número de la obra del santo obispo de Hipona a fin de ir facilitando, en la medida de lo posible, su comprensión.

El trabajo que presento sigue la traducción de José Cosgaya publicada por la BAC en 2013, y no tiene otra pretensión que la de servir de ayuda al lector que se acerca por primera vez a esta célebre obra del santo doctor de la Iglesia para un sencillo entendimiento del relato.

Este resumen puede leerse antes o después de abordar el texto de las *Confesiones*, o bien de forma continua, a modo de síntesis de la obra.

Espero que la oportunidad que la revista *La Ciudad de Dios* me ha brindado de publicarlo en tres números sirva de provecho a alguno.

### ***Confesiones I 1,1***

San Agustín desea alabar a Dios, poderoso y sabio, siendo él un hombre mortal y pecador. A pesar de ello, Dios mismo lo excita a la alabanza, que dará sentido y reposo a su existencia.

Ahora bien, a la alabanza de Dios le precede la invocación; la invocación presupone el conocimiento; el conocimiento viene de la fe, y la fe es fruto de la predicación. Los que buscan al Señor lo invocan y creen en Él y lo encuentran y lo alaban.

### *Confesiones I 2,2*

Invocar a Dios es rogarle que se haga presente en el hombre. Naturalmente, eso no significa que Dios no esté de algún modo en el hombre, pues nada puede existir si Dios no lo sostiene en el ser.

### *Confesiones I 3,3*

Mas, ¿qué representa Dios para el mundo? Dios colma el mundo dando a las cosas su plenitud, pero no es contenido por

el mundo. En modo alguno se asemeja al mundo material compuesto de partes, sino que se encuentra todo entero en cada criatura, sin que ninguna lo abarque.

*Confesiones* I 4,4

Se pregunta cómo concebir a Dios, al que define como lo más excelente que se pueda pensar. Lo es todo para sus criaturas, a las que ama y de las que está cerca. Lo caracteriza valiéndose de contrastes, pues es indefinible. Nada de lo que se diga de Dios puede expresarlo convenientemente, pero no por eso se puede desistir de proclamar su grandeza.

*Confesiones* I 5,5

Dirige a Dios la pregunta fundamental, la que más le importa: «¿Qué eres Tú para mí?... ¿Qué soy yo para ti?» Quiere oírlo del mismo Dios, escuchar que le dice: «Yo soy tu salvación», es decir, el colmo de tu suprema aspiración: ver el rostro de Dios.

*Confesiones* I 5,6

Mas cómo podrá Agustín acoger y contemplar a Dios en su alma, siendo insignificante y pecador. Confiesa a Dios sus pecados y se siente perdonado por Dios: vaya la sinceridad por delante, y Dios responderá con largueza.

*Confesiones* I 6,7

A pesar de que se reconoce como polvo y ceniza en la presencia de Dios, se siente animado a ponerse ante su misericordia para repasar su vida.

Desconoce su origen, aunque bien sabe que todo lo que él es se lo debe a Dios, el cual le ha dado la existencia por medio de sus padres. Y le ha proporcionado alimento y acogida, pues es cariñoso con todas sus criaturas. Al principio de su existencia, Agustín sólo sabía mamar, quietarse y llorar.

*Confesiones* I 6,8

Poco después, comenzó a reír, a adquirir conciencia de dónde estaba. Expresaba sus deseos, sin acertar a hacerse entender, por lo que se encorajinaba y se vengaba gritando con fuerza.

*Confesiones I 6,9*

Reflexionando sobre su infancia, repara en que es una etapa superada; esto le da pie para considerar la fugacidad de la vida humana, que, sin embargo, necesita una estabilidad, que encuentra en Dios, el cual vive siempre y permanece inalterable.

El deseo de conocer más a fondo le lleva a pedir tímidamente a Dios que le permita asomarse al misterio del origen del hombre: ¿cómo llega a la existencia?

*Confesiones I 6,10*

De lo que fue su infancia, no guarda recuerdos, aunque puede hacer conjeturas por lo que le han contado y él observa en los niños. Sabe que existía y vivía y se esforzaba por comunicar sus sensaciones. Ahora bien, nadie se da la existencia y el ser, sino que ha de recibirlos de quien es la Vida y la Existencia, y permanece siempre el mismo. En Dios, no hay pasado ni futuro, sino que es el Ser en acto, absolutamente presente, de quien recibe el ser todo lo que es.

*Confesiones I 7,11*

El ser lo recibimos de Dios, mas no el pecado, que, sin embargo, se manifiesta en el hombre desde la primera infancia.

Considera inmoderado el llanto con que el infante exige el pecho; o los berrinches por obtener cosas que le resultarían perjudiciales; e intolerable el que golpee a sus cuidadores por no someterse a sus antojos. ¿Qué decir de los celos infantiles? ¿Hemos de reír las gracias, considerando estos gestos como cosa inocente? Solemos ser permisivos con los niños pues sus conductas manifiestan actitudes que se corrigen con el tiempo; pero lo cierto es que estos comportamientos nos parecerían intolerables en los adultos.

*Confesiones I 7,12*

Dios ha dotado al hombre de una vida y un cuerpo perfectamente equipado para subsistir, como obra, que es, de un ser omnipotente y bueno, y digno de ser alabado.

Pero, si es cierto que el hombre ha sido concebido en la iniquidad, ¿dónde y cuándo ha sido inocente?

*Confesiones I 8,13*

De la infancia, pasó a la niñez, caracterizada por la adquisición del habla. Él mismo fue aprendiendo a interpretar los hechos y los gestos, traduciéndolos en palabras, gracias a su inteligencia y memoria. Así aprendió a expresar oralmente sus deseos, accediendo progresivamente a la sociedad humana.

*Confesiones I 9,14*

De su época de escolar, recuerda, con sentimiento, los castigos corporales, que deplora como método pedagógico. También guarda unos recuerdos positivos relacionados con Dios, acerca del cual aprendió que es un ser personal, al que se puede invocar.

*Confesiones I 9,15*

Recuerda los castigos corporales con tal horror que los compara con las peores torturas que estremecen a los adultos.

Reconoce que se distraía de sus deberes por el juego: esto lo considera pecado, que merece cierta corrección; sin embargo, los que castigaban a los niños sin miramiento no eran más rectos que los niños castigados, cuando ellos mismos se dejaban llevar del resentimiento o la envidia.

*Confesiones I 10,16*

Admite Agustín su pecado de desobediencia a sus padres y profesores, anteponiendo a los estudios su afición al juego. También era muy entusiasta de los relatos de ficción y sentía gran curiosidad por los espectáculos, que, sin embargo, no le permitían presenciar para que no le sirvieran de distracción de los estudios.

Implora la misericordia de Dios para los creyentes y los no creyentes.

*Confesiones I 11,17*

Con ocasión de una enfermedad que lo puso en peligro de muerte, solicitó el Bautismo, para que le abriera las puertas de la salvación eterna, en la que creía, adocetrinado por su madre, la cual deseaba para él la vida plena. En su familia, todos eran

cristianos menos su padre; en esto, su madre superaba a su padre, a quien servía, conforme a la disposición del Señor de todos.

*Confesiones* I 11,18

Pasado el peligro de muerte, fue aplazado el Bautismo de Agustín, algo que lamenta, por la permisividad para pecar que parecía implicar tal aplazamiento. Piensa que el niño bautizado está mejor defendido de las tentaciones de la vida adulta que el no bautizado.

*Confesiones* I 12,19

Agustín era obligado a estudiar a la fuerza. Critica las intenciones de sus padres y profesores, que lo preparaban para ganar dinero y prestigio social, pero descubre la actuación de Dios, por medio de ellos, dándole un escarmiento por su conducta desordenada y pecaminosa.

*Confesiones* I 13,20

Revela su antipatía hacia la lengua griega y su amor a las letras latinas: no a las primeras letras –que son las que más bien le han proporcionado-, sino a las que enseñaban los gramáticos (la literatura), que lo introdujeron en el mundo de ficción de los poetas. Atribuye al pecado y a la vanidad de la vida, su afición a la literatura de ficción.

*Confesiones* I 13,21

Desde la perspectiva actual (al escribir las *Confesiones*), se lamenta de lo miserable que era ya entonces, cuando lloraba la muerte de Dido, sin percatarse de su propia muerte, como consecuencia de no amar a Dios, luz de su corazón, pan de su alma y fuerza fecundadora de su mente. En lugar de buscar a Dios, perseguía a sus ínfimas criaturas, como tierra que tiende a la tierra.

*Confesiones* I 13,22

Insiste san Agustín en dejar sentada la superioridad y verdad de las primeras letras (lectura, escritura, aritmética) por

encima de las fantasías que enseñaban los gramáticos. Y considera que, aun siendo tan niño, pecaba al anteponer aquellas realidades vanas a las más útiles.

*Confesiones I 14,23*

Se detiene en observaciones pedagógicas sobre la facilidad del aprendizaje de la lengua latina, de forma natural y espontánea, y la dificultad del aprendizaje de la lengua griega mediante coacciones y castigos. Ve, en las contrariedades de la vida (desde la férula de los maestros a las torturas de los mártires), ocasiones que nos brinda el Señor para volvernos hacia Él.

*Confesiones I 15,24*

San Agustín toma impulso para pedir al Señor que lo sostenga en la confesión de su misericordia para con él desde su niñez, cuando daba los primeros pasos de su aprendizaje, tanto de cosas útiles como de vanidades. Aprovecha para recomendar que se empleen lecturas provechosas para el aprendizaje de los niños.

*Confesiones I 16,25*

Lamenta la nefasta influencia que tienen en las costumbres de los hombres las lecturas mitológicas, que presentan a los dioses como modelos de conductas depravadas.

*Confesiones I 16,26*

Recuerda las magníficas representaciones públicas de mitologías y su buen aprovechamiento personal en el aprendizaje de la elocuencia; pero reniega de que se pretenda instruir a los niños mediante este tipo de torpezas.

*Confesiones I 17,27*

San Agustín reconoce ante Dios el buen ingenio de que lo dotó para la elocuencia, destacando sobre sus compañeros de clase en verter en prosa fluida las historias versificadas de los dioses, expresadas por él con tal arte que merecía el aplauso de la audiencia. Pero se lamenta de haber perdido el tiempo con

aquellas vanas y perniciosas historias en vez de dedicarlo a leer las alabanzas del Señor contenidas en las Escrituras.

*Confesiones I 18,28*

El método educativo primaba la elocuencia (en lo que el mismo Agustín fue una muestra de la eficacia de tal método) sobre la moral, en lo que le influyó negativamente, pues lo alejó de Dios espiritualmente, cosa que el Señor permitió (ya que «vivir rodeado de pasiones sensuales equivale a vivir... lejos de tu rostro»), aunque no dejó de tender sus brazos al hijo descañado que buscaba su rostro.

*Confesiones I 18,29*

Agustín reclama la atención de Dios sobre la estupidez o cinismo de los hombres, que dan más valor a las reglas de la gramática que a las reglas eternas de la vida, inscritas por Dios en la conciencia del hombre: anteponen, por ejemplo, la regla de la «h» al respeto que se debe a la vida humana.

*Confesiones I 19,30*

Se considera víctima de los métodos escolares, que daban más importancia a los barbarismos que a la envidia. Reconoce sus mentiras, sus hurtos, sus trampas, y se pregunta: «¿Y a esto lo llamamos inocencia infantil?» Y hace una interpretación curiosa del elogio de Jesús a los niños, diciendo que los pone como modelos de humildad por ser bajos de estatura.

*Confesiones I 20,31*

Agradece a Dios la existencia, aunque hubiera llegado sólo a la niñez, pues es bueno el ser, el ser vivo, el ser inteligente: todos los bienes de que goza el ser humano son dones de un Dios bueno.

Reconoce que pecaba al buscar a las criaturas más que a Dios.

***Confesiones II 1,1***

Al comienzo del libro segundo, se dispone a narrar los pecados de su adolescencia, hasta el punto de considerarse un ser

infecto a los ojos de Dios, al cual suplica que lo recomponga de la fragmentación a que lo llevaron amores sombríos, que lo apartaron de la unidad que Dios es.

*Confesiones II 2,2*

Le deleitaba «amar y ser amado», sin el justo equilibrio de la verdadera amistad, y buscaba satisfacer la efervescencia de su pubertad por medio de apetitos cenagosos de la carne.

Teologalmente interpreta su enfangamiento como consecuencia de su condición mortal y de la soberbia de su alma. Como resultado, se alejaba de Dios más y más, y Dios lo dejaba gustar la amargura de su degradación y el dolor de la inquietud.

*Confesiones II 2,3*

Lamenta Agustín que, a sus dieciséis años, había quedado atrapado por la pasión del sexo sin control, desconectado del sentido que tiene su práctica en el matrimonio. Considera su atractivo como el de las bellezas efímeras, no exentas de espinas, que eran desconocidas en el paraíso.

Ojalá que, entonces, hubiera escuchado al Señor, que lo hería con la tribulación de la carne, y que le recomendaba el celibato por el Reino de los cielos.

*Confesiones II 2,4*

Lejos del Señor, ajeno a sus mandamientos, Agustín se dejaba llevar por los impulsos de su dispersión. Sin embargo, ahora reconoce que Dios estaba a su lado, rociando con amarguísimos sinsabores sus placeres ilícitos, según la ley de Dios, mas permitidos para la degradación humana.

Deplora que sus padres no pusieran cuidado en evitarlo con el matrimonio, preocupados tan sólo de su buena formación oratoria.

*Confesiones II 3,5*

A los dieciséis años, concluidos los estudios iniciales de literatura y oratoria en Madaura, tuvo que perder un curso por razones económicas. (Hace un paréntesis para explicar el mo-

tivo por el que relata sucesos intrascendentes, pero en los que Agustín percibe la hondura abismal desde la que el hombre tiene que suplicar a Dios). Se le nota orgulloso y agradecido a su padre, que generosa y desinteresadamente se sacrificaba para que su hijo llegara a ser un buen orador.

*Confesiones II 3,6*

Durante sus vacaciones forzosas en Tagaste, cobraron fuerza sus pasiones, propias de la adolescencia. En su padre, más que freno, encontró aliento, con la expectativa de los nietos, juzgando sólo con miras humanas, sin tener en cuenta los criterios de Dios. Su madre sí que se preocupó del riesgo de que su hijo pudiera internarse por sendas tortuosas.

*Confesiones II 3,7*

En aquel año de su vida, le parecía a Agustín que Dios guardaba silencio, aunque ahora reconoce que le hablaba por medio de su madre, recalcándole que evitara la fornicación y, sobre todo, el adulterio con mujeres casadas. Pero aquellas monsergas le parecían consejos femeniles. Mientras tanto, seguía despeñándose en el libertinaje más atroz, presumiendo incluso de fechorías que no había cometido.

*Confesiones II 3,8*

Llama compinches a sus compañeros de aventuras, y percibe que el enemigo invisible lo tenía a su merced. Ni su padre —que sólo tenía miras humanas— ni su madre —más interesada en sus estudios— consideraron la posibilidad del matrimonio, que hubiera sido una traba para su carrera. Piensa que sus padres lo dejaron demasiado suelto, al punto de que se perdía en la noche cerrada, incapaz de distinguir la verdad de Dios.

*Confesiones II 4,9*

Es famoso el robo de las peras, que Agustín pone como ejemplo de maldad en estado puro, ya que, en esta acción, busca el mal por el mal, o sea regodearse en hacer daño, sin esperar beneficio alguno del hurto, con nocturnidad y premeditación.

Aun cuando escribe las *Confesiones*, siente cierto escalofrío al pensar en la profundidad de la malicia a la que descendió, alejado de Dios.

*Confesiones* II 5,10

Llevado por el robo de las peras, reflexiona sobre los motivos del pecado o mejor sobre la esencia misma del pecado, que no consiste en amar las cosas buenas de la vida y del mundo, sino en la desviación incontrolada hacia los bienes inferiores haciendo dejación de los bienes superiores, especialmente de Dios, de su verdad y de su ley, en los que hallan sus delicias los rectos de corazón.

*Confesiones* II 5,11

Encuentra como ingrediente necesario del pecado el deseo de alcanzar un bien inferior o el miedo de perderlo. Incluso en los pecados más nefandos, el hombre siempre persigue un bien.

*Confesiones* II 6,12

Se sigue cuestionando qué atractivo pudo encontrar en el robo de las peras. Reconoce que no fue la bondad de las peras la que lo llevó a robarlas, ni el aparente encanto con que nos encandilan los vicios, sino la misma maldad del delito.

*Confesiones* II 6,13

Repasa algunas conductas, que son pecados en los hombres, pero virtudes en Dios y en los justos.

Así el soberbio pretende remedar la excelsitud de Dios; el ambicioso, alcanzar honra y fama indebidamente; el cruel, imponerse infundiendo temor; el sensual desconoce la seducción de la caridad y la verdad de Dios; el curioso aparenta sabiduría; el perezoso busca el descanso fuera del Señor; el amante del lujo simula abundancia; el derrochador se cree liberal; el avaricioso busca saciarse con multitud de cosas; el envidioso aspira a los primeros puestos; el iracundo se cree justiciero; el temeroso sufre ante la perspectiva de perder lo que ama; el triste se consume por la pérdida de lo que ambicionaba.

Los atractivos de los vicios, que, lejos de Dios, nos denigran y desgarran, en Dios, nos darían cumplida satisfacción con las virtudes contrarias.

*Confesiones II 6,14*

Sólo en Dios podemos encontrar a las criaturas en toda su pureza. La relación del hombre con las criaturas al margen de Dios convierte al hombre en un impostor, que pretende usurpar el puesto de Dios, sintiéndose libre u omnipotente.

*Confesiones II 7,15*

Agustín agradece a Dios que le permita recordar sus antiguos pecados sin temor, con serenidad y sabiéndose perdonado. No sólo confiesa a Dios por el perdón de sus pecados, sino también por los muchos pecados de que lo libró, a tenor de su perversidad, por haber llegado a amar el delito en sí mismo.

De paso, deja un recado a quienes se vean libres de pecados para que no se atribuyan a sí el mérito, sino a Dios.

*Confesiones II 8,16*

Analizando los motivos del robo de las peras, asegura que no fueron las peras en sí (es decir, su disfrute) el bien que lo llevó a robarlas. Y concluye que el móvil del robo estuvo en el mismo hecho malo y en la complicidad de la pandilla, pues está seguro de que él solo no habría cogido las peras.

*Confesiones II 9,17*

Recuerda con viveza todavía cuál era su estado de ánimo, cuáles sus sentimientos, cuando cometió aquel robo con sus compañeros: un sentimiento radicalmente torpe de disfrutar molestando y burlando la confianza de los que sospecharían quiénes habían sido los culpables, y de presumir de sinvergüenza.

*Confesiones II 10,18*

Se siente incómodo san Agustín recordando su antigua fealdad, cuando anduvo errante durante su adolescencia, alejado de

Dios, convertido en un paraje miserable. Prefiere fijar su mirada en Dios, luz pura y perfecto descanso del alma.

***Confesiones III 1,1***

Agustín llegó a Cartago en la efervescencia de su adolescencia, después de un tiempo inactivo en Tagaste, con las pasiones desatadas. Dice que deseaba amar y ser amado, pero un amor volcado hacia la pasión carnal. Finalmente fue atrapado en las redes del amor, a la vez dulce y amargo. Lanzado al exterior, se notaba vacío por dentro; sentía hambre espiritual, pero, a la vez no encontraba gusto por los alimentos incorruptibles, pues su alma no gozaba de buena salud.

*Confesiones III 2,2*

Refiere Agustín su pasión por el teatro, que reflejaba y alentaba sus pasiones. Y se admira de que la gente vaya al teatro para conmoverse con historias ajenas, compartiendo el dolor con los demás espectadores. Tanto más es valorado el dramaturgo cuanto más hondamente conmueve a los espectadores.

*Confesiones III 2,3*

Hay dolores, pues, que son objeto de amor, a pesar de que lo que quieren los hombres es gozar. Mas el dolor que es amable es el dolor compasivo que brota de la amistad, que, cuando se desvía de la tranquilidad serena del cielo, se despeña por pasiones oscuras. Es buena la compasión, siempre que no se desvíe hacia la impureza.

Cuando se dejaba conmover por la desgracia de los enamorados que se solazaban en sus vicios, le invadía una tristeza llena de compasión. Actualmente ejercita la misericordia, sufriendo por los que se complacen en el vicio, prefiriendo que no hubiera dolencia alguna que compadecer. Este dolor merece aprobación, aunque no hay ningún dolor que deba ser amado. De esta clase es la misericordia de Dios por los pecadores, aunque Dios no siente dolor alguno.

*Confesiones III 2,4*

Se admira Agustín de que se hubiera dejado cautivar por el sentimiento de dolor por las desgracias ajenas, que le propor-

cionaba el teatro: tanto más le gustaban las representaciones cuanto más dolor le provocaban. Pero no se trataba de desgracias reales ni de dolores profundos, sino a modo de rasguños superficiales sobre la piel.

*Confesiones III 3,5*

Hace una referencia general a sus caminos alejados de Dios, así como a los serios correctivos que de Él recibía, que ahora interpreta como actuaciones misericordiosas de Dios para con él. Cita, sin explicarla, una conducta suya inapropiada en el curso de una acción litúrgica, que le acarreó frutos de muerte.

*Confesiones III 3,6*

Reconoce que era número uno en la escuela de retórica, si bien juzga con dureza la carrera forense, en la que la fama que se adquiere es proporcional al éxito en el empleo de procedimientos fraudulentos.

Era vanidoso y se codeaba con los que llevaban la voz cantante entre los estudiantes (los eversores), con una actitud personal medio cínica, medio decente; eso sí, manteniéndose al margen de sus gamberradas ultrajantes, que no compartía.

*Confesiones III 4,7*

En Cartago, seguía progresando en la elocuencia, trazándose metas que considera censurables y fantasiosas.

Entre los libros de que se servía, topó con el *Hortensio* de Cicerón, que le cambió su mundo afectivo: sus proyectos y deseos, orientando su corazón al amor de la sabiduría y elevando su espíritu hacia Dios, hacia quien comenzó a volverse.

Tenía entonces diecinueve años y hacía dos que había muerto su padre. Su madre continuaba proveyéndolo de los medios económicos para que continuara sus estudios. Se sentía ya más interesado en los contenidos de sus lecturas que en la elegancia del decir.

*Confesiones III 4,8*

La lectura del *Hortensio* le había imbuido el amor a la sabiduría, que tiene su morada en Dios. A falta del conocimiento

de la Escritura, se servía de la exhortación de Cicerón para amar, buscar, alcanzar, conservar y abrazar la sabiduría. Echaba en falta en aquel escrito el nombre de Cristo, que había mamado con la leche materna.

*Confesiones III 5,9*

Se propuso estudiar las Escrituras, pero se llevó una gran decepción por su lenguaje tosco en comparación con la elocuencia ciceroniana. Posteriormente llegó a comprender que no están escritas para gente orgullosa: la entrada es humilde, pero el fondo es sublime.

*Confesiones III 6,10*

Deseoso de la verdad, que le proporcionara la sabiduría, Agustín vino a dar en manos de los maniqueos, orgullosos y charlatanes, de cuya boca no se caía el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero usados como meros sonidos vacíos. Proclamaban verdad, pero en sus labios sólo había falsedad.

San Agustín estaba hambriento de Dios, pero los maniqueos le hablaban de las criaturas (el sol, la luna...), pero no en un lenguaje científico, sino fantasioso, de manera que seguía hambreado la auténtica verdad, que es Dios, que no tiene comparación con ninguna de las criaturas, ni siquiera con la más excelente de este mundo, el alma, a la cual Dios da vida.

*Confesiones III 6,11*

En este pasaje, encuentro a san Agustín como herido en su amor propio por haberse dejado timar por los maniqueos, que proclamaban verdad pero sólo servían falsedad. Coloca la calidad de la doctrina maniquea incluso por debajo de los mitos, que nadie tomaba en serio, pero al menos tenían cierto atractivo emocional. Deseoso de la verdadera sabiduría, Agustín nunca se sintió satisfecho por la doctrina maniquea. Achaca su zambullida en el error maniqueo a su defectuosa comprensión de la realidad, según el sentido carnal en vez de racional, pues se encontraba volcado hacia afuera de sí, cuando la auténtica verdad, que es Dios mismo, estaba dentro de él.

*Confesiones III 7,12*

Inexperto aún en filosofía, Agustín se sintió deslumbrado por preguntas profundas acerca de Dios, del ser y de la justicia. Sólo más adelante, comprendería la naturaleza espiritual de Dios, la inexistencia del mal como realidad positiva y el modo en que el hombre es imagen de Dios. Por entonces, su campo de visión se limitaba a la esfera de lo corpóreo.

*Confesiones III 7,13*

Otro asunto en el que Agustín se vio desviado por los maniqueos fue el de la justicia interior, de la que aún no tenía idea. En lugar de tomar como norma suprema de la realidad la recta ley de Dios, los maniqueos se consideraban a sí mismos como norma, por lo cual se sentían autorizados a reprochar la conducta de los justos del Antiguo Testamento.

Para explicar cómo se han de entender algunos pasajes difíciles del Antiguo Testamento, que aprueban conductas que ya no son admitidas, pone varios ejemplos de los que se desprende que la rectitud moral puede variar según los tiempos y las circunstancias; lo que ocurre es que la brevedad de la vida del hombre y su limitada experiencia (que sólo alcanza al momento presente), no le permiten abarcar los motivos por los que, a los justos del Antiguo Testamento, se les permiten cosas que no se consienten en la actualidad.

*Confesiones III 7,14*

Un ejemplo de cómo entender la justicia de Dios, no de forma caprichosa, sino según un sentido global y con coherencia, se lo proporciona el arte de la métrica. Da la impresión de que, considerado cada verso, el poeta construye los versos de forma aleatoria, pero cada verso encuentra sentido en el conjunto del poema. De igual forma, la justicia de Dios abarca armoniosamente preceptos diversos en distintas épocas, siendo apropiados en cada tiempo.

*Confesiones III 8,15*

San Agustín considera normas estables del obrar humano los preceptos del amor a Dios y al prójimo; las pautas de moral sexual, que se siguen de la ley natural. Concede el rango de

norma moral a las costumbres humanas, que regulan los conciertos entre los pueblos. Y, por supuesto, reconoce como norma suprema de la conducta humana la voluntad de Dios, que se ha de poner siempre por encima de los usos y convenios humanos: lo razona diciendo que, si un rey —al que se debe obediencia— puede establecer disposiciones, ¡cuánto más Dios!, rey de toda la creación.

*Confesiones* III 8,16

Estima como moralmente malo el placer de hacer daño a los demás por venganza, por abuso de la fuerza, por envidia o por disfrute con el sufrimiento ajeno. En general, son moralmente malas las conductas contrarias a los diez mandamientos. Las acciones que el hombre lleva a cabo contra Dios no pueden dañar a Dios, sino que se vuelven contra sí mismo, tanto si acomete directamente contra Dios como si atenta contra los hombres. La conducta sabia es la que inspira la piedad humilde, que encamina al hombre hacia Dios, el cual purifica a quien le confiesa sus pecados y lo libra de una libertad engañosa.

*Confesiones* III 9,17

Parece distinguir san Agustín el aspecto externo de una acción y la intención interior que la inspira. Sólo Dios puede conocer el interior del hombre. Alude también a que Dios puede mandar en una época algo que había prohibido en otra, sin contradicción, aunque el hombre no alcance a entenderlo.

*Confesiones* III 10,18

Refiere, el santo, una de las extravagancias maniqueas como es el ejemplo de los higos, en que habían quedado atrapadas partículas de luz divina, que eran liberadas en el estómago de los electos.

*Confesiones* III 11,19

Recuerda las lágrimas que su madre vertía por él en la oración por considerarlo muerto para Dios por la herejía maniquea. Hasta tal punto la horrorizaba la fe maniquea de su hijo que lo echó de casa, actitud que cambió cuando tuvo el sueño de la

regla, sobre la que Agustín se acercaba adonde ella estaba y la consolaba animándola con la esperanza de que un día él estaría a su lado. Lo cual Agustín considera como una respuesta de Dios a la oración de su madre, Él, que «cuida de todos como si cada uno fuera un ser único».

*Confesiones* III 11,20

Cuando Mónica contó a su hijo el sueño que le había traído consuelo, él pretendió interpretarlo a su favor; pero se encontró con el firme convencimiento de su madre, que supo eludir la sutil tergiversación del joven sofista, lo que dejó hondamente impresionado a Agustín, que años más tarde interpretó las palabras de su madre como una profecía divina sobre su conversión a Dios.

*Confesiones* III 12,21

San Agustín ha querido dejar constancia en sus *Confesiones* del tesón con que su madre procuró su conversión por medio de la oración y acudiendo a la mediación de otras personas. En concreto, la de un obispo, al que rogaba con insistencia que hablara con él para persuadirlo a que abandonara la secta maniquea. El obispo se resistía, tal vez porque conocía la capacidad dialéctica de Agustín o por la esperanza de que su misma inteligencia lo llevaría a caer en la cuenta del error maniqueo. Ante la insistencia de Mónica, el obispo —que llegó a confiarle su experiencia personal de haber pertenecido a la secta y de haberla abandonado por propia convicción— la consoló eficazmente con palabras que Mónica interpretó como un oráculo divino: «Es imposible que se pierda el hijo de esas lágrimas».

***Confesiones* IV 1,1**

Al comienzo del libro IV, adelanta Agustín su propósito de confesar al Señor las aberraciones de su juventud (desde los diecinueve a los veintiocho años) para alabanza de la misericordia de Dios. Su peripecia durante estos años la resume en el orgullo por su éxito, colmado de vana satisfacción, y en la superstición de las prácticas maniqueas.

*Confesiones IV 2,2*

Agustín se recuerda a sí mismo como un joven profesor de retórica, ambicioso, a quien le gustaba contar con buenos discípulos. Por entonces, tenía una fe vacilante.

Se unió a una mujer, a la que fue fiel, aunque su relación estaba bien lejos de un verdadero amor conyugal.

*Confesiones IV 2,3*

Evoca su participación en un certamen literario y su rechazo de la superstición de sacrificar animales a los demonios para lograr el éxito; no por verdadera piedad, pues aún no era capaz de concebir las realidades espirituales, y además brindaba a los demonios el sacrificio de su propia persona extraviada.

*Confesiones IV 3,4*

Por algún tiempo, Agustín fue aficionado a la astrología, que vinculaba fatalmente, a los astros, la conducta y destino de los hombres, por lo que les arrebatava la libertad y la responsabilidad; con lo cual, la culpabilidad era derivada hacia Dios.

*Confesiones IV 3,5*

Refiere el trato con un médico muy competente e inteligente (Vindiciano) que captó su interés por la viveza con que se expresaba, el cual le contó su experiencia de la astrología y la técnica para la elaboración de horóscopos, en lo que el citado personaje llegó a hacerse experto. Pero, convencido de la falacia de tales artes, renunció a aprovecharse de la ingenuidad de la gente para enriquecerse. Este sabio trató en vano de convencer a Agustín de que desistiera de su curiosidad malsana y de que aprovechara su tiempo y su ingenio en mejores ocupaciones. Preguntado su interlocutor por qué muchos pronósticos de la astrología resultan ciertos, le repuso a Agustín que ello se debía puramente al azar.

*Confesiones IV 3,6*

Con el tiempo, desistiría de la astrología, pero, por el momento, le merecían más autoridad los astrólogos que el médico y su amigo Nebridio. No obstante, buscaba proveerse de un argumento sólido contra la astrología.

*Confesiones IV 4,7*

El curso 374-375, Agustín planta cátedra de gramática en Tagaste. Por entonces, aflora con fuerza la amistad (que duró un año) con un paisano con quien había compartido escuela, juegos y estudios. Fue una dulce amistad, más dulce que todos los placeres, fomentada por las mismas aficiones y estudios. Había logrado atraerlo a su credo maniqueo, pero Dios se lo llevó pronto de esta vida.

*Confesiones IV 4,8*

Atacado, su amigo, por una elevada fiebre, entró en estado de coma y se le administró el Bautismo. Agustín pensó que, cuando recobrarla la salud, no le sería difícil recuperarlo para la fe maniquea. Pero sucedió justo lo contrario, ya que, al ridiculizar Agustín el Bautismo que le había sido administrado en estado de inconsciencia, el amigo lo consideró como un enemigo, y le advirtió que se abstuviera de hacer tales sugerencias si quería seguir siendo su amigo. Por lo cual, Agustín se contuvo, esperando que, cuando se recobrarla, podría convencerlo. Pero una recaída en la enfermedad se lo llevó.

*Confesiones IV 4,9*

¡Qué bellamente describe Agustín su estado anímico por la muerte de su amigo!

Sólo veía muerte a su alrededor: su ciudad, la casa paterna, todo lo que había compartido con su amigo se le volvió un tormento insufrible. Lo buscaba en todas partes pero no lo hallaba, de manera que odiaba todo por estar vacío de él.

Tenía el alma triste, y sólo el llanto le resultaba dulce, al ocupar el vacío que su amigo había dejado en su corazón.

*Confesiones IV 5,10*

Desde la distancia temporal, mitigadas aquellas heridas, pregunta al Señor (haciendo una digresión en el relato de la muerte de su amigo) «por qué el llanto es dulce a los desgraciados». ¿Tal vez porque esperan que Dios escuche los gemidos que brotan de sus amarguras? Lo cierto es que Agustín, en modo alguno, esperaba que su amigo volviera a la vida; tan sólo llo-

raba porque se sentía desgraciado. ¿Mas por qué unas veces el llanto resulta amargo y otras dulce?

*Confesiones IV 6,11*

Piensa que era desdichado por haber puesto toda la ilusión de su vida en una realidad perecedera, como era su amigo. Y tanto más desgraciado cuanto que amaba más a esta miserable vida que a su amigo, hasta el punto de dudar si estaría dispuesto a entregarla por el amigo.

La vida se le había vuelto una carga pesadísima, pero tenía miedo a morir. Odiaba a la muerte, que le había arrebatado a su amigo, y la temía como cruel enemiga suya y del género humano. Vivía con tal intensidad la pérdida del amigo que se extrañaba de que el resto de los hombres siguiera viviendo, así como él mismo, habiéndole sido arrebatada «la mitad de su alma». No tenía ganas de vivir a medias, pero tenía mucho miedo a morir.

*Confesiones IV 7,12*

Agustín se sentía totalmente desconsolado, sin que ninguna dulzura humana ni ningún placer lograra contentarlo. Tan sólo se sentía aliviado con las lágrimas.

Sabía que sólo en Dios podría encontrar salud y reposo, pero el Dios en que entonces creía era un fantasma inútil, de modo que se encontraba solo y «mi alma era para mí un paraíso miserable donde no resultaba posible estar».

Huyendo de los lugares que no cesaban de evocarle al amigo, partió para Cartago.

*Confesiones IV 8,13*

Con el tiempo, que todo lo cura, fueron suavizándose los dolores y ocuparon su puesto los antiguos placeres, los cuales, a su vez, preparaban nuevos dolores, pues la raíz del sufrimiento está en lanzarse sobre las criaturas como si fueran un seguro de felicidad.

Donde más solaz encontraba era en los nuevos amigos, con quienes amaba lo que amaba en lugar de Dios. Sigue un párrafo antológico de lo que encierra una relación amistosa satis-

factoria: la comunicación sincera, la solicitud por los otros, los gustos literarios compartidos, las bromas respetuosas, etc. La amistad acerca progresivamente a los amigos entre sí y tiende a hacer de muchas almas una sola.

*Confesiones IV 9,14*

Este número ofrece una reflexión de Agustín, de gran calado, sobre el amor humano, que pone en contacto a dos personas en la intimidad en la que son lo que propiamente son. El amor es una relación de benevolencia gratuita, que suscita una profunda satisfacción y que sufre la pérdida del ser querido. Por ser contingentes los sujetos del amor, el amor mismo es deficiente, y transmite dolor al sujeto que queda en el mundo. Hay, sin embargo, una forma de atenuar el dolor de la pérdida, que es amar en Dios, el cual permanece siempre y da consistencia a todos los seres, por lo que el amor humano sustentado en Dios no se frustra.

*Confesiones IV 10,15*

Sólo en Dios encuentra el hombre su salvación, su estabilidad y su paz. Pues aunque las criaturas –bellas por proceder de Dios- le proporcionan un cierto solaz, éste es transitorio, como las mismas criaturas, que llevan inscrita en su ser la caducidad, a la vez que la parcialidad, como las sílabas son sólo una pequeña parte de un discurso. Por eso pide a Dios que le conceda no poner en las criaturas la esperanza de su felicidad, como su sensibilidad corporal le hace creer.

*Confesiones IV 11,16*

Las cosas de este mundo son efímeras y no pueden proporcionar la estabilidad que ofrece la Palabra de Dios, la Verdad, que es el mismo Dios. Por eso, Agustín exhorta a su alma a permanecer en Dios para que su ser sea consolidado.

*Confesiones IV 11,17*

El sentido de la carne nos permite obtener sensaciones placenteras, que, por su misma naturaleza, son pasajeras. Pero, aunque pudiéramos percibir todas las sensaciones placenteras

a la vez, ni, aun entonces, todas ellas juntas son comparables a Dios, autor de todas las cosas, que nunca pasa y ninguna cosa le sucede.

*Confesiones IV 12,18*

Los cuerpos, buenos y hermosos, han de amarse en Dios y han de servir para la alabanza de Dios. También las almas tienen todo su valor en Dios, están en Dios y Dios, en ellas. Por eso, amarlas al margen de Dios es desnaturalizarlas, quitando de ellas precisamente lo que en ellas hay de amable. Es como buscar la vida en la región de la muerte.

*Confesiones IV 12,19*

El que es la misma vida del hombre, desde el seno del Padre, donde vivía plenamente, descendió hasta nosotros revestido de nuestra carne mortal, para que, por medio de Él, podamos tener vida. A éste se le encuentra en el corazón.

*Confesiones IV 13,20*

Ciertamente los hombres amamos las cosas que amamos porque son amables y porque son bellas. Pero ¿qué las hace bellas? En su conjunto, cada cosa es bella y armoniosa en su unidad; y, en cada una de sus partes, es hermosa por su adaptación y conveniencia dentro del todo.

*Confesiones IV 14,21*

El primer escrito de Agustín versaba sobre *Lo hermoso y lo apto*, y lo dedicó a Hierio, gran retórico de Roma, a quien Agustín no conocía personalmente, pero lo admiraba, sobre todo, por su popularidad, influido por los elogios de la gente. Lo cual le lleva a preguntarse por qué había llegado a sentir tanta estima hacia él, concluyendo que «un amante inflama a otro amante», con su aprecio y amor sincero por lo que ama.

*Confesiones IV 14,22*

Agustín reflexiona sobre sus sentimientos y afectos, reconociendo que, entonces (en el momento que está refiriendo) se basaban en criterios humanos.

Distingue su aprecio hacia Hierio, a quien le gustaría parecerse; su estima por los actores teatrales, a quienes, en modo alguno, quisiera imitar, y su valoración de un buen caballo, aunque, desde luego, no desea ser caballo. Y se sobrecoge por lo insondable que resulta el corazón humano.

*Confesiones IV 14,23*

Entiende que el afecto que siente por Hierio es del género de los afectos que le llevan a querer parecerse a él; pero ve que es un afecto basado en opiniones de la gente, no en la verdad. Pues si los mismos que lo alaban lo vituperaran entonces su opinión sobre el retórico sería desfavorable, sin que las cualidades del orador hubieran cambiado. Ello es debido a la falta de consolidación en la verdad, de su alma enferma.

*Confesiones IV 15,24*

A la edad de los veintiséis o veintisiete años, cuando escribió *Lo hermoso y lo apto*, no tenía aún a Dios como referente de la belleza, ni tampoco era capaz de concebir las realidades espirituales. Consideraba bello lo que está bien en sí mismo; y apto, lo que conviene a algo. En cuanto al alma, no podía hacerse una idea de lo que era, pues no podía ir más allá de representaciones corpóreas como las líneas, colores y magnitudes físicas. La virtud la relacionaba con la paz y la unidad; y el vicio, con la discordia y la división. En la unidad, situaba el alma racional, la verdad y el sumo bien; en la división, la vida irracional y el sumo mal, como sustancia independiente de Dios.

*Confesiones IV 15,25*

Agustín cae en la cuenta de que su gran equivocación, en la edad que está refiriendo, era que ignoraba que la inteligencia humana no es el sumo bien ni la suma verdad, sino que, para participar de la verdad, tiene que ser iluminada por Dios, luz verdadera en quien no hay mudanza ni oscuridad alguna.

*Confesiones IV 15,26*

Imbuido de la idea maniquea de que el alma racional humana era de la misma sustancia que Dios, atribuía a Dios su

propia mutabilidad y falibilidad, antes de admitir que su alma no era de la sustancia divina. Sólo imaginaba realidades corpóreas (no concebía las realidades espirituales), como ficciones creadas por su vanidad.

*Confesiones IV 15,27*

Aunque a sus veintiséis o veintisiete años buscaba con afán y sinceridad la verdad, sin embargo su error en concebir toda la realidad como material, y su soberbia por considerar su alma de la sustancia divina, lo mantenían alejado de la Verdad.

*Confesiones IV 16,28*

Cuando tenía veinte años, había logrado entender por sí solo *Las diez categorías*, de Aristóteles, que otros estudiantes, a duras penas, habían logrado comprender con ayuda de doctos maestros.

*Confesiones IV 16,29*

Se pregunta qué provecho sacó de la lectura de *Las diez categorías* y concluye que más bien constituyeron un obstáculo para conocer la verdad, pues lo indujeron a concebir a Dios al modo como se piensan los cuerpos: como sustancias subsistentes dotadas de accidentes. O sea que entendió que Dios era un ser compuesto, como los cuerpos, cuando en Dios todo se identifica con la pura simplicidad del Ser.

*Confesiones IV 16,30*

Dotado Agustín de una inteligencia ágil y profunda, sin embargo no comprendió la dificultad de aquellas teorías hasta que intentó enseñarlas a sus discípulos. Tampoco era consciente de que su inteligencia no le pertenecía, ni conocía la fuente de donde brotaban las verdades que había en los libros de las artes liberales.

*Confesiones IV 16,31*

Lamenta que su aguda inteligencia no le sirviera para tener un conocimiento más verdadero de Dios, a quien concebía como

un cuerpo luminoso, del cual él mismo formaba parte. Sin embargo, mucha gente sencilla y sin instrucción, seguros en la Iglesia, se alimentaban de una fe sana, para volar hasta el bien indefectible, que es Dios.

### ***Confesiones V 1,1***

Al comienzo del libro quinto, Agustín renueva su propósito de confesar a Dios, sin que eso implique que vaya a enseñar nada a Dios, que conoce lo más recóndito del corazón. Toda la creación alaba al Señor; el hombre, por medio de la alabanza, crece en el amor de Dios y se remonta hasta su Creador.

### ***Confesiones V 2,2***

En cambio, el hombre malvado vuelve la espalda a Dios, de quien pretende huir, pero, en su huida, se topa con Dios, que no se desentiende de ninguna de sus criaturas: huye de su ternura y se enfrenta con su justicia, pues Dios está en todas partes, incluso en aquellos que tratan de alejarse de Él. Mas Dios está en el corazón de los hombres, donde lo podrán hallar si entran dentro de sí.

### ***Confesiones V 3,3***

A sus veintinueve años, Agustín dice que estaba más interesado en la verdad que en la elocuencia. Por eso, ante la llegada de Fausto, cuyo discurso le admiraba, se previno para discernir la verdad real de la oratoria. Incluso consideraba más cerca de la verdad las lucubraciones de los filósofos que las invenciones de los maniqueos. Aunque, para alcanzar la verdad, hay que proceder con humildad, pues Dios no se acerca sino a los contritos de corazón.

### ***Confesiones V 3,4***

Los científicos, valiéndose de la inteligencia que Dios les ha dado, investigan el cielo, descubriendo las leyes que les permiten pronosticar los eclipses. Pero, en vez de reconocer que es Dios el origen de su destreza y entregarse al Señor, por la fe, para que los salve, creen, con espíritu altanero, que todo se lo deben a sí mismos.

*Confesiones V 3,5*

Los hombres de ciencia desvelan las leyes del universo, pero no llegan a conocer la Palabra con que Dios creó las cosas, así como las leyes que las rigen, y a los mismos que las estudian y la inteligencia con que las investigan, pues la sabiduría de Dios no es susceptible de cálculos numéricos; antes bien, el Unigénito de Dios ha venido a ser para nosotros sabiduría, justicia y santidad, en un camino descendente, que se aleja de las alturas de los soberbios. Por eso no lo encuentran, pues no lo buscan religiosamente, ni lo glorifican. En cambio, adoran y sirven a la criatura en vez de al Creador.

*Confesiones V 3,6*

Compara san Agustín la solidez de las verdades científicas con los disparates infundados de los maniqueos sobre las mismas realidades; desatinos que, sin embargo, le pedían que creyera, obligándolo a comulgar con ruedas de molino.

*Confesiones V 4,7*

Relaciona el conocimiento científico del mundo con el conocimiento de la fe acerca de Dios y considera éste incomparablemente mejor, pues une al hombre con Dios, de quien son todas las cosas, y hace al hombre feliz.

*Confesiones V 5,8*

Manés mezclaba en sus enseñanzas materias científicas con asuntos de piedad, la cual consiste en confesar a Dios. Habiendo quedado desacreditado en aquéllas, resultó desautorizado en éstas; más aún, quedó denigrado por haberse atrevido a enseñar falsedades con la autoridad de la persona divina del Espíritu Santo.

*Confesiones V 5,9*

Es tolerable la ignorancia e incluso el error en cuestiones científicas, sin que se resienta la salud espiritual; en cambio, resulta perjudicial el pensar que la ciencia es parte esencial de la piedad; y mucho peor aún, el fundar las afirmaciones científicas en la autoridad del Espíritu Santo.

*Confesiones V 6,10*

Durante los, aproximadamente, nueve años que permaneció en la secta maniquea, Agustín estuvo esperando la llegada de Fausto para que le aclarara sus dudas. Pero su simpatía y dulzura no le aportó un ápice de claridad en las ideas, y lo dejó igual de sediento. Pues ya había aprendido a distinguir la forma de decir las cosas, de los contenidos; y nadie es maestro de la verdad fuera de Dios.

*Confesiones V 6,11*

Por algún tiempo, acudió a escuchar las disertaciones de Fausto, disfrutando de su verbo fácil, preciso y gracioso, pero sin poder intervenir en el diálogo. Hasta que tuvo una oportunidad de charlar con él, y le planteó algunas de sus preocupaciones. Entonces se dio cuenta de su poca cultura.

*Confesiones V 7,12*

En seguida, entendió Agustín que Fausto no iba a resolver sus incógnitas. El propio Fausto le reconoció su ignorancia en asuntos científicos, cosa que Agustín valora positivamente, estimándolo como una persona modesta e inteligente, al admitir sus limitaciones.

*Confesiones V 7,13*

El encuentro con Fausto señaló un punto de inflexión en la búsqueda de la verdad por parte de Agustín, desesperanzado de encontrar en la doctrina de Manés la respuesta a sus preguntas. No obstante, decidió seguir en la secta hasta encontrar algo mejor. Entiende Agustín que Dios iba guiando sus pasos valiéndose de métodos asombrosos, seguramente en atención a las oraciones de su madre.

*Confesiones V 8,14*

Considera como providencia divina la sugerencia de algunos amigos para trasladarse a enseñar en Roma, en busca de mayores ingresos, más alta reputación y, sobre todo, mejores condiciones en la enseñanza, pues los alumnos de Cartago tenían algunos comportamientos gamberros amparados en la

tradicción, cosa que no sucedía en Roma. Así que decidió trasladarse a Roma en busca de una felicidad ambigua.

*Confesiones V 8,15*

Las verdaderas razones de la marcha de Agustín a Roma se cifraban en el plan divino de su conversión. Mónica, que vivía con Agustín en Cartago, sabedora de los planes de su hijo, y no queriendo separarse de él, lo siguió hasta el puerto. Pero Agustín la engañó con astucia, pretextando acompañar a un amigo, y se hizo a la mar. Dios no le otorgó que su hijo no pudiera embarcar, para concederle el más ambicioso deseo de verlo convertido.

*Confesiones V 9,16*

Llegado a Roma, contrajo una enfermedad que lo puso al borde del sepulcro. Entonces no pidió el Bautismo porque no creía en la muerte redentora de Cristo, de quien pensaba que no había tenido un verdadero cuerpo. Recapacita que, dada su situación de pecado, habría ido a parar al infierno, lo cual hubiera sido insoportable para su madre, a quien Dios había dado tantas esperanzas. Pero el Señor había escuchado las súplicas de su madre, que tanto quería a Agustín, a quien deseaba dar a luz en el espíritu.

*Confesiones V 9,17*

Dios no podía desairar a aquella viuda casta, sobria, generosa y piadosa, ni despreciar las lágrimas con que insistentemente le pedía la salvación del alma de su hijo. Como la misericordia de Dios es infinita, accede a endeudarse haciendo promesas a aquellos mismos a quienes perdona la deuda.

*Confesiones V 10,18*

San Agustín enfermó y convaleció en Roma en casa de un maniqueo que era miembro numerario de los oyentes. Da algunas pinceladas del pensamiento maniqueo: por ejemplo, que eludían la responsabilidad de la culpa, achacándola a una naturaleza extraña que habitaba en el hombre. Cuando escribe las *Confesiones*, reconoce que, en aquel tiempo, su pecado más

incurable era el de no considerarse pecador. Por entonces, se sentía desanimado de poder progresar en la secta.

*Confesiones V 10,19*

Se encontraba en una situación en la que había perdido la esperanza de hallar la verdad en la Iglesia católica, así como la perspectiva de avanzar en la doctrina maniquea; en este momento, comienza a interesarse por los puntos de vista escépticos de los académicos. No obstante, se deja llevar de la inercia y mantiene el trato con los maniqueos de Roma. Por aquellos tiempos, imaginaba a Dios como una figura material indefinida.

*Confesiones V 10,20*

Igualmente, el mal lo concebía como una sustancia corpórea, no creada por el buen Dios, sino como una masa antagónica a la de Dios, siendo ambas infinitas, aunque la mala, un poco más pequeña que la buena. El espíritu lo imaginaba como un cuerpo sutil difundido en el espacio. En cuanto al Salvador, lo pensaba como una extensión de la masa luminosa de Dios, que no podía haberse mezclado con la carne en el seno de la Virgen María.

*Confesiones V 11,21*

Instigado por los maniqueos, censuraba algunos pasajes de las Escrituras. Decían ellos que el Nuevo Testamento había sido adulterado para hacer una mezcla de la ley judía y de la fe cristiana. Agustín, incapaz de figurarse un ser incorpóreo, se sentía como asfixiado por las dos masas infinitas, la de Dios y su antagónica.

*Confesiones V 12,22*

En cuanto pudo, comenzó a ejercer su profesión de maestro de retórica, comprobando que los estudiantes de Roma eran malos pagadores. Naturalmente, esto enrabiaba a Agustín. Con la perspectiva de su posición actual, dice que, entonces, los odiaba de corazón, más por el perjuicio que le hacían a él que por el fraude que ocasionaban a los otros profesores o por la injusticia que cometían y que los perjudicaba a ellos mismos.

*Confesiones V 13,23*

Habiendo solicitado la ciudad de Milán, a Símaco, prefecto de Roma, un profesor de retórica, Agustín presentó la solicitud, que fue atendida, en parte por sus méritos, pero también por influencia de los maniqueos. El caso es que el Señor lo iba acercando al lugar y al momento de su conversión, en la que el obispo Ambrosio adquirió un papel protagonista, al ayudarle a superar su prevención contra las Escrituras, que vio que eran susceptibles de una interpretación más plausible que la puramente literal.

*Confesiones V 14,24*

Escéptico de poder llegar al conocimiento de Dios, Agustín acudía a escuchar a Ambrosio por su elocuencia, no por lo que enseñaba, aunque inevitablemente iban llegándole también sus enseñanzas acerca de la interpretación espiritual de pasajes difíciles del Antiguo Testamento. Comparando las explicaciones católicas y maniqueas, llegó a un punto de equilibrio en su estimación de los católicos y los maniqueos.

*Confesiones V 14,25*

Se propuso profundizar en los argumentos católicos que desautorizaban a los maniqueos, entendiendo que la clave podría estar en ser capaz de concebir una sustancia espiritual. Comenzó a sopesar que los argumentos de los filósofos sobre el sustrato de la realidad del mundo gozaban de más probabilidad que los de los maniqueos. Así que, adoptando la actitud escéptica de los académicos, decidió abandonar la secta de los maniqueos, pues anteponía ya el sentir de algunos filósofos, aunque no quería poner en éstos la esperanza de su salud, pues desconocían el nombre de Cristo. A la espera de que surgiese algo seguro adonde encaminar sus pasos, se resolvió a ser catecúmeno de la Iglesia católica.

Modesto GARCÍA GRIMALDOS, OSA

